

# Llegar a ser Simone de Beauvoir

Nora LEVINTON DOLMAN

Doctora en Psicología  
noralevinton@gmail.com

Recibido: 21.04.2009

Aceptado: 8.07.2009

## RESUMEN

A la manera de un Psicoanálisis aplicado a la obra de Simone de Beauvoir se señalan algunos aspectos cruciales que reflejan cómo se va configurando la vida y el pensamiento de una mujer que encarnó, para muchas de nosotras, un modelo de identificación. Su trabajo es en este sentido un espejo y una valiosa muestra de la naturaleza proyectiva de muchos de sus enunciados, donde a partir de su irremplazable experiencia Simone arriba a conclusiones en las que podemos seguir el rastro de sus vivencias personales. En el contexto singular de su historia personal y en cómo es relatada. Al exponer su vida en sus libros y en numerosas entrevistas concedidas a distintos medios, ha dado lugar a que surgieran diferentes interpretaciones, por lo tanto a que sus palabras y argumentos puedan, como en este artículo, ser utilizados, contrastados entre sí y sometidos a exploración.

**Palabras clave:** Subjetividad femenina, Autodesignación, Representación.

## To Become Simone de Beauvoir

### ABSTRACT

This article shows how Simone de Beauvoir's work was crucial in helping to understand female subjectivity as a process dominated by the prevailing cultural values. Her writings represent a statement against invisibility of women as subjects and anticipate most of what decades later will be called "gender". Although "The Second Sex", is a controversial work, with many different readings and with opinions we might not share on some occasions, it was also a driving force that explained how the shortage of women's representation is a result of having read the difference of sex as an absolute asymmetry. The article analyses Simone de Beauvoir's essays, her autobiographical novels and the numerous interviews she granted, in search for elements that might help us understand how the life and thoughts of this woman were shaped. Through a series of quotes from three of Simone de Beauvoir's autobiographical works, the article contributes to identify some features in the construction of Beauvoir's subjectivity through her writings about her father and mother, her contradictory relationship with them, her experiences as the eldest child and other childhood memories

**Key words:** Autobiographical, Female subjectivity, Asymmetry, gender.

La obra de Simone de Beauvoir fue el espaldarazo definitivo para encarar la comprensión de la subjetividad femenina como un proceso sobredeterminado por los valores culturales imperantes. Nos legó una reflexión profunda y combativa ya desde el sugerente título de su texto fundacional *El segundo sexo* en que nos habla de una posición secundaria encarnada en unas pautas que "parecían" correspondernos en tanto mujeres. Se alejó de las etiquetas ambiguas como la del continente negro freu-

diano o las variaciones sobre el enigma de la feminidad que desde diferentes disciplinas contribuían a reforzar, con la etiqueta de enfoques teóricos, los conocidos prejuicios. Y escribió así un alegato contra la invisibilidad de las mujeres en tanto sujetos, una reflexión exhaustiva que anticipa casi todo lo que décadas más tarde denominamos género. Su esfuerzo en la conquista de una modalidad de autodesignación abrió las puertas y estimuló nuestros cerebros para que hoy podamos encontrarnos en ámbitos donde pensar y debatir sobre y entre nosotras, ya no es una experiencia excepcional en un medio académico.

En este caso nos congrega la Beauvoir que supo rastrear profundamente en torno al déficit de representación en que nos hemos desenvuelto tradicionalmente las mujeres, como resultado de esa traslación perversa que transmutó la diferencia sexual en una todopoderosa asimetría. Su propia historia familiar le mostró que la condición de la mujer casada era a todas luces injusta, con un lugar degradado frente al incontrovertible poder masculino y que conducía a quedar doblemente esclavizada por el matrimonio y la maternidad. Eligió identificarse con la posición ventajosa, asociada a poder proyectar para su vida otras gratificaciones, ligadas al intelecto. Desde joven, fantaseó con ser una autora famosa.

Por extensión y contenidos *El Segundo Sexo* es un texto controvertido y polisémico, que permite diferentes lecturas y por lo tanto exégesis, al que podemos acceder desde diferentes posiciones: con la ingenuidad de las que comienzan a descubrir “algo sobre el tema de las mujeres”, de las ya iniciadas que buscan argumentos serios que avalen su percepción de la realidad, así como de las que volvemos a releer sus libros sabiendo que el resultado del encuentro es imprevisible; a veces descubrimos algún párrafo que en otro momento de la vida puede no haber sido especialmente significativo y que, ahora, cobra relevancia, o nos sorprendemos impugnando o cuestionando alguna frase, en que Simone define categórica y por momentos arbitrariamente, una opinión con la que no coincidimos.

Mucho se ha comentado el sesgo voluntarista que subyace a su concepción, inundada de una racionalidad que deja poco espacio para las contradicciones, agujeros negros e insondables paradojas de la existencia humana. Pero es allí donde también la vemos caer en su propia trampa. Al trasladar la experiencia de su vida a su producción literaria, bajo la forma de ensayos como en *El segundo sexo*, *Por una moral de la ambigüedad*, o de novelas autobiográficas como *Memorias de una joven formal*, *Las bellas imágenes*, *La plenitud de la vida*, *La fuerza de las cosas*, *Una muerte muy dulce*, *La ceremonia del adiós* y otras, aparecen en sus escritos estos continuos deslizamientos donde ni la racionalidad ni la conquista voluntariosa impiden el acontecer de lo inefable. Al exponer su vida en sus libros y en numerosas entrevistas concedidas a distintos medios, ha dado lugar a que surgieran diferentes interpretaciones, por lo tanto a que sus palabras y argumentos puedan, como en este artículo, ser utilizados, contrastados entre sí y sometidos a una observación microscópica. ¿Valentía, coherencia, exhibicionismo?

A fin de circunscribir este trabajo a algunas cuestiones sobre las que creo que su aportación ha sido trascendental, me ceñiré a resaltar algunos puntos vinculados principalmente con la idea de que ser una mujer implique un proceso en el que participamos activamente al apropiarnos de la oferta que la cultura, en tanto construcción social, ofrece. Esto puntos son:

- Los límites del alcance del concepto de “situación en el caso de las mujeres por lo que la libertad podría no ser accesible”.
- Su convicción sobre la propensión original de la conciencia humana a la dominación del otro.
- La doble perspectiva de la opresión cuando la alienación es consentida por ella y cuando le es infligida, ineludible para considerar como telón de fondo sobre el drama de la violencia de género.
- El fallo en la reciprocidad, que se concretiza al objetivar a la mujer como lo otro, no en tanto categoría ontológica sino cultural.
- El valor social de la maternidad como consecuencia del condicionamiento biológico y el “olvido de sí” que ésta implica.
- El reconocimiento de la importancia del psicoanálisis que aleja de un paradigma “naturalista” y, simultáneamente, su crítica a lo que considera un planteamiento reduccionista respecto de la sexualidad.
- Su enfática insistencia en la impronta de la socialización diferencial como el escenario que moldea la así llamada feminidad.
- Así como su afirmación del deseo por alguien del mismo sexo como una opción válida sin etiquetas psicopatológicas, cuestionando toda explicación determinista.

Sabemos que las menciones podrían extenderse y “customizarse” según los más variados gustos y criterios pero mi interés es focalizarnos en algunos aspectos cruciales que reflejen cómo se va configurando la vida y el pensamiento de una mujer que encarnó, para muchas de nosotras, un modelo de identificación. Pero a pesar de que, tal como comenta, fue a sugerencia de Sartre que ella eligiese analizar “cómo influyó en ella el ser mujer”<sup>1</sup> su acercamiento al tema es en términos de “ellas” y no nosotras. Incluso desde esa misma contradicción podemos vernos reflejadas en nuestras ambivalencias en lo que podría llamarse el reconocimiento de la pertenencia de género. Y es recién a partir de los años setenta cuando va a respaldar las luchas políticas que estaban en juego más allá de su privilegiada posición personal.

Su trabajo es en este sentido un espejo y una valiosa muestra de la naturaleza proyectiva de muchos de sus enunciados, donde a partir de su irremplazable experiencia Simone arriba a conclusiones en las que podemos seguir el rastro de sus vivencias personales. Y es sobre esta condición donde deseo detenerme: en el contexto singular de su historia personal y en cómo es relatada.

---

<sup>1</sup> BEAUVOIR (1982): *El segundo sexo. Los hechos y los mitos*. Argentina, Ediciones Siglo Veinte.

Como en todo psicoanálisis aplicado habrá que considerar el material como parcial, sesgado, afectado por el proceso de los mecanismos defensivos que intervinieron en hacerlo consciente; en este caso, incluso publicable por la propia filósofa y escritora estando ella viva. Así como la posibilidad de que los recuerdos encubridores y todas las trampas y coartadas que distorsionan los contenidos y el funcionamiento de nuestra memoria, estén actuando sobre estos textos como lo hacen en lo que nos cuentan l@s pacientes en nuestra práctica clínica. Engaño sobre el cual podrá decir incluso: “A veces la palabra sólo representa una manera más hábil que el silencio de callar”<sup>2</sup>.

Lamentablemente carecemos del material irremplazable: las asociaciones que pudieran surgir en ella frente a mis señalamientos o interpretaciones. Donde podrían confirmarse o descartarse algunas hipótesis, donde las resistencias harían su labor y donde podrían verse y contextualizarse estas consideraciones. Pero me vinculo con lo que Simone de Beauvoir ha escrito, aún cuando siempre está relacionado con los datos biográficos que conocemos de diferentes fuentes. Esto es, con los párrafos que “yo” he escogido, descartando otros. Deteniéndome mucho más en tres de sus textos: *Memorias de una joven formal*, *La plenitud de la vida* y *La ceremonia del adiós*, porque me parecen especialmente elocuentes en cuanto a lo que me interesaba profundizar. Contrastar y señalar exhaustivamente las contradicciones y “mutaciones” a lo largo de toda su obra escapa a las expectativas y posibilidades de este artículo.

Selección que ya pone de manifiesto aspectos de mi subjetividad, como lo plantean los modelos relacional e intersubjetivo cuando sostienen que la subjetividad del analista está siempre presente. Y en el intento de experienciar a los analizandos desde una perspectiva empática<sup>3</sup>, incluyo todo lo que la lectura de Simone de Beauvoir me ha provocado en las ya mencionadas sucesivas asimilaciones, en diferentes momentos de la vida.

## 1. SOBRE COMO ... “NO SE NACE SIMONE DE BEAUVOIR, SE LLEGA A SERLO”

Una de las vías de acceso a sus libros es el recorrido exhaustivo sobre la idea de la autorrepresentación como el formato privilegiado para poder hablar de su subjetividad. Así, cuando escribe *Memorias de una joven formal*, su mundo interno es minuciosamente explorado y cobra “existencia”, con toda la carga del modelo filosófico existencialista. Es una crónica donde la autora se describe en el contexto de su entorno familiar y despliega desde el comienzo una clarividente percepción de los beneficios de su condición de primogénita. Dirá: ...“Por muy lejos que vaya en mis

<sup>2</sup> BEAUVOIR (1961): *La plenitud de la vida*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 26.

<sup>3</sup> FOSSHAGE, (2003): *Contextualizando la psicología del self y el psicoanálisis relacional. Influencia bidireccional y síntesis propuesta*, “Contemporary Psicoanálisis”, 39,3, 411-448.

recuerdos, me sentía orgullosa de ser la mayor: la primera”... O... “tenía una hermanita: pero este angelote no me tenía a mí.” (BEAUVOIR, 2004: 9). Y a pesar de que puedan ser unos recuerdos considerablemente idealizados y encubridores, subyace a sus reflexiones la vivencia de alguien que se ha sentido inicialmente aceptada, valorada, fortalecida narcisísticamente diríamos desde la perspectiva psicoanalítica y que se incorpora a un mundo emocional donde en los primeros años no encontrará particulares ingredientes de conflictividad en cuanto al medio familiar. “Cada vez que me ocurría algo tenía la impresión de ser alguien” (BEAUVOIR, 2004: 18).

“En casa el menor acontecimiento suscitaba vastos comentarios; escuchaban con gusto mis historias, repetían mis ocurrencias. Abuelos, tíos, tías, primos, una abundante familia me garantizaba mi importancia... mi cielo estaba estrellado una constelación de ojos benévolos.

Protegida, mimada, divertida con la incesante novedad de las cosas, yo era una niña muy alegre”.

Aún así emergen los rasgos infantiles más ¿históricos?

“Sin embargo, algo andaba mal, puesto que unas rabietas terribles me arrojaban al suelo, amoratada y convulsionada...<sup>4</sup>

A menudo me he interrogado sobre la razón y el sentido de las rabietas. Creo que se explican en parte por una vitalidad fogosa y por un extremismo al que no he renunciado del todo. Llevaba mis repugnancias hasta el vómito, mis deseos hasta la obsesión, un abismo separaba las cosas que me gustaban de las que no me gustaban.” (1989: 19).

Impactante su capacidad de introspección que la lleva en este punto a reconocer una contradicción en el relato almibarado. Así como cuando remite a los rudimentarios intentos que va ensayando para probar sus límites, y escribe:

“En las fotos de familia, saco la lengua, vuelvo la espalda: a mi alrededor, todos ríen. Esas leves victorias me alentaron a no considerar como insalvables las reglas, los ritos, la rutina: ellas son la raíz de cierto optimismo que sobrevivió a todos los adiestramientos....<sup>5</sup>

Recuerda a su padre aludir a: “Esta chica es insociable” y que también decían no sin un cierto orgullo “Simone es terca como una mula”. Saqué ventaja. Tenía caprichos, desobedecía por el mero placer de no obedecer”<sup>6</sup>. Dato que coexiste con el párrafo siguiente donde enuncia la potente autoexigencia que la habitaba. “Las dos categorías mayores sobre las cuales se ordenaba mi universo eran el bien y el mal.

<sup>4</sup> BEAUVOIR (1989): *Memorias de una joven formal*. Barcelona, Edhasa, 18.

<sup>5</sup> BEAUVOIR (1989) : 23.

<sup>6</sup> BEAUVOIR (1989): 22-23.

Yo moraba en la región del bien, donde reinaban –indisolublemente unidas- la dicha y la virtud”<sup>7</sup>. El placer de no obedecer y la pretensión de morar en la región del bien, sugiere un claro conflicto superyoico, que en diferentes épocas de su vida fue deslizando por múltiples variaciones. Lo que en su primera infancia puede ser recordado como... “En cuanto a mis derrotas, no engendraban en mí ni humillación ni resentimiento; cuando, cansada de llantos y gritos terminaba por capitular, estaba demasiado agotada para rumiarme mis penas: a menudo hasta había olvidado la razón de mi rabia”<sup>8</sup>.

Al mismo tiempo que rastrea en cómo se ha ido construyendo un poderoso super-yo, cuajado de imperativos categóricos que van delimitando sus deseos a través de unas poderosas normas, y hasta el reconocimiento explícito de la influencia que podía tener sobre su estado de ánimo:

“Viviendo en la intimidad del bien, supe enseguida que este comprendía matices y grados. Yo era una niña buena y cometía faltas; mi tía Alice rezaba mucho, seguramente iría al cielo, pero se había mostrado injusta conmigo. Entre las personas que yo debía amar y respetar había algunas que mis padres criticaban sobre ciertos puntos”<sup>9</sup>.

¿Puede haber recuerdos más congruentes con lo que luego fue su desarrollo personal? Una niña que, parece, precozmente detecta y registra sus estados emocionales y que posteriormente reflexiona sobre ellos. El análisis de sus descripciones lleva a pensar que Simone creció sintiéndose una persona cuyas acciones producían efectos sobre el medio que le devolvía una imagen de sí misma como alguien considerado. Es decir que podemos pensar que el punto de partida para la construcción de su subjetividad en cuanto a la valoración de su “capacidad de afectar a los demás” fue especialmente benévolo. Que refiere cómo fueron instaurándose sus interrogantes como cuando escribe: “Pero me negaba a ceder a esa fuerza impalpable: las palabras, lo que me sublevaba era que una frase lanzada al descuido “debes hacerlo... no debes hacerlo”, arruinara en un instante mis empresas y mis alegrías”<sup>10</sup>. Que anticipa el futuro y sus consecuencias: “De pronto el porvenir existía y me transformaría en otra que podrá decir Yo, pero yo no sería ya la misma. Presentí todos los rompimientos, los renunciamientos, los abandonos y la sucesión de mis muertes (BEAUVOIR, 1989: 13).

---

<sup>7</sup> BEAUVOIR (1989): 23.

<sup>8</sup> BEAUVOIR (1989): 23.

<sup>9</sup> BEAUVOIR (1989): 23.

<sup>10</sup> BEAUVOIR (1989): 20.

## 2. ALGUNAS NOTAS SOBRE OTROS ASPECTOS SIGNIFICATIVOS

De la relación con su padre, de quien comenta expresamente que recitaba a Voltaire de memoria, sabemos que era un hombre complejo. Abogado, frustrado actor vocacional que cada tanto participaba en alguna obra de teatro, no profesionalmente, y al que se referirá como alguien que:

“despreciaba los éxitos que se obtienen con el trabajo y el esfuerzo. Según él si uno era “bien nacido”, poseía condiciones más allá de todo mérito: ingenio, talento, encanto, raza. Lo malo era que en el seno de esa casta a la que pretendía, no era nadie: tenía un nombre con partícula, pero oscuro, que no le abría ni los clubs ni los salones elegantes: le faltaban los medios para vivir como un gran señor. A lo que podía ser un mundo burgués \_ un abogado distinguido, un padre de familia, un ciudadano honorable\_, concedía muy poco precio. Se embarcaba en la vida con las manos vacías y despreciaba los bienes que se adquieren. Para salvar esa indigencia sólo le quedaba un recurso: ostentar” (BEAUVOIR, 1989: 53).

Pero hay insistentes referencias a ese “otro” padre, el de su primera infancia y a la fascinación que le había producido... “De muy chiquita, me había subyugado por su alegría y su labia; al crecer aprendí a admirarlo muy seriamente: me maravillé de su cultura, de su inteligencia, de su indefectible sentido común” (BEAUVOIR, 1989: 57). Describe así la conexión privilegiada entre ambos, y vemos en este “sentirse maravillada” por su cultura, el anticipo de lo que vendrá: la idealización del “hombre que sabe”.

Alguien que no se impone con una actitud autoritaria. Que la escucha y la encuentra interesante, forjando en los cimientos de este vínculo edípico, el esbozo de ciertas coordenadas que marcarán sus futuras relaciones con los hombres donde el intercambio intelectual será un aspecto fundamental, claramente erotizado. Aunque Simone lo niegue y pretenda racionalizarlo al escribir:

“¿Por qué reclamaba yo que fuera él superior a mí? No creo que haya buscado en él un sucedáneo de mi padre; me importaba mi independencia; no me imaginaba nunca como la compañera de un hombre: seríamos dos compañeros. Sin embargo, la idea que me hacía de nuestra pareja fue directamente influida por mis sentimientos hacia mi padre. Mi educación, mi cultura y la visión de la sociedad tal como era, todo me convencía de que las mujeres pertenecían a una casta inferior” (BEAUVOIR, 1989: 230).

Clara la negación. La relación con el padre hasta la adolescencia, será narrada básicamente en torno a cómo él se ocupaba de ella dictándole textos durante las vacaciones y “vigilando su ortografía”:

“Yo le hacía muchas preguntas y él me contestaba con paciencia. No me intimidaba, en el sentido de que nunca experimenté ante él el menor malestar; pero yo no trataba de salvar la distancia que le separaba de mí; había cantidad de

temas de los cuales ni siquiera se me ocurría hablarle; no era para él ni un cuerpo, ni un alma, sino un espíritu” (BEAUVOIR, 1989: 58).

¿Así como ella no era para él más que un cerebro? “Mi padre me trataba como una mujer hecha y derecha: mi madre cuidaba a la niña que yo era” (BEAUVOIR, 1989: 62). “Papá solía decir:”Simone tiene un cerebro de hombre. Simone es un hombre” (BEAUVOIR, 1989: 192).

¿Qué mejor elogio podía ofrecérsele que el que su padre la homologara con un hombre por su inteligencia, algo hipervalorado para él! Y, al mismo tiempo negara la importancia de que su cuerpo sexuado la hacía ser una mujer, “aún” siendo inteligente. ¿Qué efecto produce en una niña, y más tarde jovencita, una alabanza que la vuelve invisible, más allá de su cerebro, ante su idealizado padre? ¿Cómo se asocia con sus comentarios sobre la anatomía y fisiología del cuerpo femenino que abundan en referencias cargadas de juicios como el “espanto” frente a los pechos o los sonidos ligados a la orina, su aborrecimiento del proceso de desarrollo que metamorfoseaba su cuerpo? Y hasta que punto influye para llegar a plantear...

“Un día interrogué a mi hermana con cierta ansiedad: ¿Era yo definitivamente fea? ¿Tenía la posibilidad de ser una mujer lo bastante bonita como para que la quisieran? Acostumbrada a oír a papá declarar que yo era un hombre, Poupette no comprendió mi pregunta: me quería, Zaza me quería: ¿De qué me inquietaba? A decir verdad me atormentaba moderadamente. Mis estudios, la literatura, las cosas que dependían de mí seguían siendo el centro de mis preocupaciones<sup>11</sup>.

Nuevamente aparece el mecanismo racionalizador que le dificulta aceptar que en ese período podía haberla inquietado mucho el no sentirse suficientemente atractiva aunque atentase contra su ideal de intelectual centrada en otro tipo de preocupaciones. El padre era también el mismo hombre que pensaba: “la mujer es lo que su marido hace de ella, es él quien debe formarla”, decía él a menudo<sup>12</sup>. Eso era exactamente lo que había hecho con su mujer, resumido por Beauvoir en que su preeminencia en la casa era indiscutible y que era él quien la había iniciado a la vida y los libros y... “que para brillar en las esferas (de la alta sociedad) una mujer no sólo tenía que ser hermosa y elegante, sino que también debía leer bien y ser buena conversadora. De modo que estaba satisfecho con mis primeros éxitos escolares”.

¿Habrá dejado alguna impronta este comentario que reaparece cuando describe como Sartre “la forma”, incluso al insistirle que escribiese sobre la influencia que había tenido sobre ella el ser mujer?” O cuando se refiere a cómo esperaba que su

<sup>11</sup> BEAUVOIR (1989) : 231.

<sup>12</sup> BEAUVOIR (1989): 57



pareja fuese una “persona terminada” mientras ella sería alguien formándose con la ambición de progresar hasta el infinito:

“Miembro de una especie privilegiada, beneficiario desde el principio de un adelanto considerable, si en términos absolutos un hombre no valía más que yo, yo consideraría que relativamente valía menos; para que lo reconociera como un igual, tendría que sobrepasarme”<sup>13</sup>.

“¿Por qué un hombre en vez de otro? Todo es muy raro. Una se siente liada para toda la vida a un individuo porque lo ha conocido cuando tenía diecinueve años”

La relación de Beauvoir con su madre y las sucesivas etapas que el vínculo fue atravesando está descrita en diferentes textos. En *Memorias de una joven formal*, la dibuja como una mujer que había sufrido como hija la frialdad de su propia madre quién había estado entregada en cuerpo y alma a su marido (BEAUVOIR, 1989: 59). Añadiendo que:

“Otras decepciones entristecieron su adolescencia. Infancia y juventud le dejaron en el corazón un resentimiento que nunca se calmó del todo. .. En mis primeros recuerdos la veo joven, sonriente y alegre. Había también en ella algo íntegro e imperioso”.

Y para narrar el encuentro con el que sería su marido, esta es la versión que construye Simone:

”Sin entusiasmo fue a Houlgate a unirse con un joven desconocido. Se gustaron. Conquistada por la exuberancia de papá, fortalecida por los sentimientos que él le demostraba, su corazón se ensanchó” (BEAUVOIR, 1989: 59)... Mi padre gozaba a sus ojos de un gran prestigio y ella pensaba que la mujer debe obedecer al hombre” (BEAUVOIR, 1989: 60). “Su juventud, su inexperiencia, su amor por mi padre la hacían vulnerable; temía las críticas y, para evitarlas, puso todo su cuidado en “obrar como todo el mundo. No quiso pasar por beata, y renunció a juzgar según su propio código: tomó el partido de fiarse de las costumbres.... Tan penetrada de sus responsabilidades como papá estaba liberado de ellas, tomó a pecho su trabajo de educadora”.

Es esta una descripción empática con las fragilidades de su madre, en la que hace un alegato para tratar de comprender las condiciones en que se desarrolló su vida y hasta qué punto fue marcada por su época y su entorno:

“En todo momento, hasta en el secreto de mi corazón, era mi testigo, y para mí no había ninguna diferencia entre su mirada y la de Dios” (BEAUVOIR 1989: 61).

---

<sup>13</sup> BEAUVOIR (1989) : 230.

Su ascendiente, en efecto dependía en gran parte de nuestra intimidad. Mi padre me trataba como una persona hecha y derecha; mi madre cuidaba a la niña que yo era. Me manifestaba más indulgencia que él, a ella le parecía natural oírme decir tonterías mientras que a él le irritaban; a ella le divertían las ocurrencias y garrapatos míos que él no encontraba divertidos. Yo quería que se me considerara; pero necesitaba esencialmente ser aceptada en mi verdad, con las deficiencias de mi edad, la ternura de mi madre me aseguraban una total justificación. Los elogios más halagadores eran los de mi padre; pero si me recriminaba porque yo había desordenado su despacho o cuando exclamaba: "Estas chicas son estúpidas", yo tomaba a la ligera palabras a las cuales visiblemente daba poca importancia; en cambio cualquier reproche de mi madre, su ceño fruncido, ponía en juego mi seguridad: privada de su aprobación ya no me sentía con derecho a existir (BEAUVOIR, 1989: 62)... pero también cuando sus ojos brillaban con una luz tormentosa, o cuando simplemente su boca se fruncía, yo creo que temía, tanto como mi propia desgracia, el disgusto que le causaba (BEAUVOIR, 1989: 64)... Pero mi silencio partía de una consigna más general: en adelante yo me vigilaba. Rara vez mi madre me castigaba y si bien tenía la mano ligera, sus bofetadas no dolían mucho. Sin embargo, sin por eso quererla menos que antes, yo me había puesto a temerla... Por cierto, la primera razón de mi timidez era mi preocupación por evitar su desprecio... Evidentemente no me daba cuenta de que mi madre, apresurándose a condenar la diferencia y la novedad, prevenía el desasosiego que soliviantaba ella cualquier clase de discusión: pero yo sentía que las palabras insólitas, los proyectos imprevistos turbaban su serenidad. Mi responsabilidad aumentaba mi dependencia. Así vivíamos, ella y yo, en una especie de simbiosis y sin aplicarme en imitarla, fui modelada por ella. Me inculcó el sentido del deber, así como las consignas del olvido de sí, y de austeridad... Aprendí de mi madre a pasar inadvertida, a controlar mis palabras, a censurar mis deseos, a decir y a hacer exactamente lo que debía ser dicho y hecho. No reivindicaba nada y osaba muy poco" (BEAUVOIR, 1989: 65).

Pero también aparece en sus rasgos más controladores y exigentes como cuando relata "...con mi hermana y conmigo se mostraba autoritaria, a veces enfurecida. Si uno de sus íntimos la contrariaba o la ofendía, reaccionaba a menudo con ira y con violentos estallidos de franqueza" (BEAUVOIR, 1989: 60). Rasgos característicos a los que Simone tuvo que confrontarse y que la llevaron a sostener una compleja y ambivalente relación con ella. Y más tarde a reconocerlos en sí misma, como lógico producto de la identificación. Beauvoir trazará magistralmente el cuadro donde se perfilan las variaciones que se van produciendo en su percepción de quién y cómo es la madre. Y del proceso por el cual va incorporándose la noción del cumplimiento de las normas. Revelando el camino que lleva desde esa casi simbiosis y dependencia extrema de su aprobación, a cómo el temor va tornándose en juicio crítico, feroz cuestionamiento e... intenso rencor. El rechazo a todo lo que su madre representaba se convirtió en sus señas de identidad. Será recién a su muerte, teniendo la autora ya 55 años, cuando ella puede hacer el esfuerzo de reconciliación, y *Una muerte muy dulce* es en este sentido, el testimonio de una reparación.

Ahí describe el deterioro que se produjo en la relación entre sus padres: "... había bofetadas, discusiones y escenas, no sólo en privado, sino incluso cuando había invitados"<sup>14</sup>. Teniendo que abandonar la imagen idealizada que tenía de su padre ya que por la difícil situación económica que atravesaban se convierte en un resentido que agrega a su fracaso laboral, una tendencia cada vez más frecuente a estar fuera de casa toda la noche y regresar por la mañana, borracho e inventando excusas inverosímiles acerca de sus salidas.

Esta situación afectaría también al carácter de su madre, que se iría amargando. Y en una lucidísima interpretación de lo que allí se gestaba, Beauvoir escribe:

"Es imposible que nadie diga "estoy sacrificándome" sin sentir amargura. Una de las contradicciones de mamá era que creía a pies juntillas en la nobleza de la devoción, si bien, al mismo tiempo tenía gustos, aversiones y deseos que eran demasiado poderosos para que ella no odiase cualquier cosa que se opusiera a ellos. Se rebelaba continuamente contra las obligaciones y las restricciones que ella misma se había infligido"<sup>15</sup>.

Es sin duda una profunda reflexión sobre la condición del sometimiento de tantas generaciones de mujeres a unas normas e ideales que las esclavizan, condenándolas a tan profunda disociación entre sus deseos y la vida en la que están atrapadas. Y, seguramente, haber sido testigo de este poderoso conflicto habrá incidido en lo que respecta a la crítica etapa de la adolescencia. Resumido así:

"No tenía nada de una rebelde: quería ser alguien, hacer algo, perseguir sin fin la ascensión comenzada desde mi nacimiento; necesitaba por lo tanto arrancarme de los viejos surcos, de las rutinas (BEAUVOIR, 1989: 230). Pero creía posible superar la mediocridad burguesa sin apartarme de la burguesía" (BEAUVOIR, 1989: 98).

"Hacia la misma época, levantarme se convirtió en un trauma tan doloroso que pensándolo de noche, antes de dormirme, mi garganta se anudaba, mis manos se humedecían. Cuando oía por la mañana la voz de mi madre deseaba caer enferma, a tal punto me horrorizaba el sopor de las tinieblas. De día tenía vértigos; adelgacé. Mamá y el médico decían: "es el desarrollo". Yo aborrecía esa palabra y el sordo trabajo que se efectuaba en mi cuerpo. Envidiaba a las "chicas mayores" su libertad; pero me repugnaba la idea de ver mi pecho hincharse; había oído antes a las mujeres adultas orinar con un ruido de catarata; al pensar en los odres henchidos de agua que encerraban sus vientres, sentía el mismo espanto que Gulliver el día en que las jóvenes gigantes le descubrieron sus senos" (BEAUVOIR, 1989: 157-158).

---

<sup>14</sup> BEAUVOIR (1987): *Una muerte muy dulce*. Barcelona, Edhasa.

<sup>15</sup> BEAUVOIR (1987).

“Acostumbrada a oír a papá declarar que yo era un hombre”(BEAUVOIR, 1989: 231).

¿Cuál es la representación que Simone posee de lo que es ser una mujer como para querer convertirse en una de ellas? ¿Qué temores y ansiedades le despertaba el cumplimiento de sus expectativas? Tenía que demostrarse que era capaz de ir avanzando según lo que esperaba de ella misma. Y de enfrentarse con la hostilidad subyacente al desacuerdo:

“Despreciaba también la trivialidad de las novelas de Maupassant que mi padre consideraba obras maestras. Se lo dije cortésmente pero él se molestó: sentía que mis rechazos ponían muchas cosas en tela de juicio. Se enojó más seriamente cuando atacó ciertas tradiciones (BEAUVOIR, 1989: 300).

En cuanto abría la boca, les daba donde asirse, y me encerraban de nuevo en ese mundo del que había tardado años en evadirme, donde cada cosa tiene sin equívoco su nombre, su lugar, su función, donde el odio y el amor, el mal y el bien son tan identificables como el negro y el blanco, donde de antemano todo está fichado, catalogado, conocido, comprendido e irremediablemente juzgado, ese mundo de aristas cortantes, bañado de una implacable luz, que la sombra de una duda no roza jamás. Yo prefería guardar silencio. Pero mis padres no lo admitían y me tachaban de ingrata. Tenía el corazón mucho menos seco de lo que suponía mi padre y me afligía (BEAUVOIR, 1989: 305).

Al perder la mutua idealización aparece todo el malestar del desencuentro. Retrospectivamente, Simone podrá revisar y significar la complejidad de aquel período en que se siente como toda adolescente: incomprendida, cuestionada y aparatosamente destronada de su pedestal de cuasi omnipotencia. Dirá:

“Yo intentaba blindarme; me exhortaba a no temer la crítica, el ridículo de los malentendidos; poco importaba la opinión que tenían de mí, ni que estuviera o no fundada” (BEAUVOIR, 1989: 306).

Lo que les llevó a pensar y decir “Simone prefería desnudarse antes que decir lo que tiene dentro de la cabeza” (BEAUVOIR, 1989: 304).

La brecha generacional queda instaurada y no hay tregua. Aún cuando pueda reconocer:

“mis padres rompían con la costumbre orientándome no hacia el casamiento sino hacia una carrera: sin embargo en la vida cotidiana seguían sometiéndome a ellas; ni pensar en dejarme salir sola, sin ellos, ni en evitarme las obligaciones de familia”<sup>16</sup>.

---

<sup>16</sup> BEAUVOIR, 1989: 276.

Algunas detalladas fantasías en torno a la pareja nos muestran como Simone expresa su temprana inquietud sobre las expectativas que tenía sobre las reglas del juego. Así lo anticipa... “En cambio, tenía una idea formada sobre nuestras relaciones: sentiría por él una admiración apasionada. En ese terreno como en todo lo demás, tenía sed de necesidad...”<sup>17</sup>.

Yo era más áspera que generosa, deseaba recibir y no dar; si hubiera tenido que remolcar un zángano me habría consumido de impaciencia...

La vida en común debía favorecer y no contrariar mi empresa fundamental: apropiarme del mundo. Ni inferior, ni diferente, ni injuriosamente superior, el hombre predestinado me garantizaría mi existencia sin quitarle su soberanía<sup>18</sup>.

En un documento del año 1982 que recoge seis entrevistas, Simone explica que siempre quiso tener una profesión propia, que su deseo de escribir fue previo a conocer a Sartre y que tenía claro que para ser feliz debía construir su propia vida, lo que básicamente suponía llevar a cabo su trabajo. A pesar de tan loable declaración de intenciones, la descripción de su encuentro con él repite el molde de la fantasía universal femenina en torno al amor. Dirá: “Sastre respondía exactamente al deseo de mis quince años: era ese doble en quien yo encontraba, llevadas a la incandescencia todas mis manías”<sup>19</sup>.

Sabemos que era un interlocutor excepcional, con el que podía disfrutar del debate intelectual... y la vida. Sin soslayar que en gran medida las manías compartidas giraban en torno a su pasión por el conocimiento. Pero a pesar de sentirse avalada tanto por su dotación intelectual, que le permite ser equiparada con la “jerarquía dominante” del cerebro masculino, y siendo ya una mujer con un potente sentido de sí misma, en su primer encuentro Simone se describe “agarrotada por la timidez mientras comentaba el discurso de *Metafísica*”, de Leibniz, y como esto los aburría, si faltaba algo, Sartre se encargó de explicarles *El contrato social*, ¿sería más entretenido?, sobre el que poseía especiales conocimientos. Añadiendo: “A decir verdad, sobre todos los autores y sobre todos los temas del programa era él quien de lejos sabía más; nos limitábamos a escucharle” (BEAUVOIR, 1989: 534).

El príncipe azul de una estudiante interesada y ávida. Un auténtico flechazo: él lo sabía todo y era un hombre que como su padre inicialmente, la hacía sentir intelectualmente inferior. Una sensación poco frecuente. Beauvoir reconoce allí que era la primera vez que se sentía intelectualmente dominada por alguien, es decir, no solamente ya podía reflexionar sobre sus afectos sino introducir la categoría de la dominación incluso en el ámbito del pensamiento. Dirá: “Todos los días, todo el día me medía con Sartre y en nuestras discusiones él era el más fuerte... una mañana le expuse “ya no estoy segura de lo que pienso, ni siquiera de pensar” (BEAUVOIR, 1989: 548), relata que notó, desorientada.

---

<sup>17</sup> BEAUVOIR, 1989: 229.

<sup>18</sup> BEAUVOIR, 1989: 231.

<sup>19</sup> BEAUVOIR, 1989, 550.

... ¿Cómo no dudar del efecto que podía suponer estarse confrontando sostenidamente con Sartre, pero sintiendo al mismo tiempo que él ya la consideraba una interlocutora, que no le negaba la posibilidad de ser escuchada y reconocida “aunque” fuese una mujer? Con el correr del tiempo Sartre le hará saber que sus reflexiones son tan cotizadas como para haberle hecho cambiar algunos de sus planteamientos. En “El ser y la nada” en cuanto a que hay situaciones en que es imposible ejercer la libertad. La peculiar relación entre ellos propició la creencia en un ideal de pareja donde la lealtad recíproca no incluía la fidelidad sexual.

“Éramos de una misma especie y nuestro entendimiento duraría tanto como nosotros: no podía suplir a las efímeras riquezas de los encuentros con seres diferentes. ¿Cómo renunciar deliberadamente a la gama de los asombros, las ausencias, las nostalgias, los placeres que éramos capaces de experimentar?<sup>20</sup>.”

La archipublicitada cuestión de las relaciones necesarias y contingentes tuvo intensos ecos y seguidores. Llevará a Beauvoir a escribir:

“Hoy, en cambio, me irrito cuando terceras personas aprueban o critican las relaciones que hemos construido sin tener en cuenta la particularidad que las explica y las justifica: esos signos gemelos sobre nuestra frente. La fraternidad que soldaba nuestras vidas hacía superfluos e irrisorios todos los lazos que hubiéramos podido forjarnos. ¿Para qué, por ejemplo, vivir bajo un mismo techo cuando el mundo era nuestra propiedad común? Y ¿Por qué temer poner entre nosotros distancias que nunca podían separarnos?<sup>21</sup>.”

Resulta difícil no pensar en las contradicciones y ambivalencias que contiene el planteamiento. Para “ganar en verdad” y no mentirse como lo hacían habitualmente las parejas burguesas se embarcaron en una propuesta transgresora para su época. Indudablemente debió suponer un gran salto al vacío para una mujer educada en base a consignas conservadoras en materia sexual. Pero que resolvió integrar en la relación lo que sabía sobre él: que Sartre no tenía vocación de monógamo y que no pensaba renunciar a la seductora diversidad. La consagración de un estilo propio y compartido que se mantuvo hasta el final: hasta en *La ceremonia del adiós* alude a la constante presencia de otras mujeres que lo rejuvenecen, en palabras de Simone: “seguía disfrutando de sus múltiples amistades femeninas” (BEAUVOIR, 1981: 149).

Como si hubiesen optado por una estrategia que preservaba razonablemente la tensión no posible de resolver, en palabras de J. Benjamin, entre la necesidad de autoafirmación, de expresión de nuestra subjetividad y la dependencia del otro para asegurarnos el reconocimiento y el contacto anhelado. Cumpliendo así el ideal de la

<sup>20</sup> BEAUVOIR, 2008: 23.

<sup>21</sup> BEAUVOIR, 2008: 26-27.

independencia en una relación de intensa dependencia. Lamentablemente, demasiado ideal. La relación entre ellos queda siempre preservada como un modelo del que se evita comentar las fisuras. Entre tanta idealización hay poco relato de los celos, las traiciones y los dolores necesarios y contingentes que las relaciones afectivas acarrearán. Aun cuando con la publicación de las cartas que ella le había escrito, queda reflejada la facilidad de Simone en buscar formas de complacencia. De adaptarse a las necesidades que Sartre había impuesto... y que ella luego aceptó ¿gustosamente? Incluso en cómo participa del trajín de “mujeres contingentes” en la vida de Sartre.

Por otra parte, en *La plenitud de la vida* Simone revela algunas claves sobre la intensidad con que vivió en su juventud el descubrimiento del deseo sexual. De la voracidad de sus apetitos físicos “desde las raíces del pelo hasta la planta de los pies una planta envuelve mi cuerpo”... provocándole un impacto inquietante, “lo encontré repulsivo” y hace referencia a lo chocante que le resultaba esa forma de excitación “solitaria y lánguida” que la asaltaba durante los períodos en que ella y Sartre no estaban juntos. Puede comprender y disfrutar de la pasión en el escenario de la pareja, pero reconocer que ante la llamada del cuerpo cualquier otro/a pueda satisfacerla, le resulta turbador. La aceptación de esta circunstancia fue a su vez generadora de un conflicto reconocido por ella ante la premisa de total confianza a la que se habían comprometido. Se le hace intolerable comunicarle a Sartre lo que siente. “Si me permití no confesar tales cosas, fue porque eran, por definición, inconfesables. Al obligarme a ese secretismo, mi cuerpo se convirtió en un obstáculo antes que en un vínculo de unión entre nosotros y sentí un profundo resentimiento contra él”.

Paradójicamente “confiesa” su autorreproche, como si lo criticable fuesen sus irremediables deseos y no las características del pacto. Pero para encarnar el mito del feminismo, o tal vez justamente “también” por eso, hay incongruencias memorables. Las referencias a Sartre son constantes. Desde descripciones que aluden a sus ideas, su modo de ser, filias y fobias, que no sólo transmiten qué pensaba y sentía Simone por él, sino la continua evaluación a la que se sometía tomándolo como modelo por excelencia. Y documentando muy frecuentemente la consabida superioridad que en tanto varón le correspondería. Es difícil juzgar en qué medida los atributos considerados lo hacían realmente merecedor de esa ventaja o si ella necesitó preservar esa idealización que al hacer de él un sujeto “tan especial” revertían sobre su propio narcisismo haciéndola sentir excepcionalmente privilegiada por compartir su vida con él.

Lo cierto es que para más paradoja, Beauvoir, feminismo mediante, sigue siendo una figura emblemática, seguida y estudiada con renovado interés y el paso del tiempo ha circunscrito a J.P. Sartre a un lugar mucho menos relevante:

“De nosotros dos, Sartre era el más inagotable. Componía endechas, canciones, epigramas, madrigales, fábulas al caso, toda clase de poemas relámpago, y a veces los cantaba con música hecha por él; no despreciaba ni los juegos de palabras ni las limitaciones; se divertía con asonancias y aliteraciones; era una manera de ensayarse en las palabras, de explorarlas y al mismo tiempo de quitarles su peso cotidiano” (BEAUVOIR, 1989: 18).

La descripción guarda una curiosa equivalencia a cuando escribía sobre su padre: "Me parecía de una especie menos corriente que el resto de los hombres... Nadie a mi alrededor era tan divertido, tan interesante, tan brillante como él; nadie había leído tantos libros ni sabía de memoria tantos versos, ni discutía tan fogosamente"<sup>22</sup>. Variaciones sobre el tema: Sartre siempre es mejor o puede más:

"Teníamos ambos una salud a toda prueba y disposiciones sonrientes. Pero yo soportaba mal las contrariedades; mi cara cambiaba, me cerraba, me ponía terca. Sartre me atribuía una doble personalidad; por lo general yo era el castor; pero por momentos ese animal era desplazado por una joven bastante desagradable: la señorita de Beauvoir; Sartre bordaba sobre ese tema variaciones que siempre terminaban por hacerme sonreír (BEAUVOIR, 1989: 19).

Algunas mujeres con las que se relacionó fueron también elegidas como amantes. ¿Pueden considerarse también amores contingentes como C. Lanzman, o N. Algren? Podríamos hallar un antecedente importante en el relato que Simone nos transmite<sup>23</sup> lo que fue su vínculo con una compañera del colegio Cours Decir, a la que llamará Zaza en su libro. La descripción de la relación entre ambas es típicamente adolescente e incluye el intenso componente amoroso de la búsqueda de un alma gemela. Pero Zaza carecía del coraje de Simone y de sus expectativas de futuro, y sus diferencias marcaron uno de los que sería temas medulares de reflexión en Beauvoir en torno a su capacidad de empatizar, de poder compartir estados emocionales o ideas que no le fueran afines.

También aparece la misma intensidad cuando se refiere a Clotilde, a quien conoce un verano y queda encandilada:

"...fui sensible a los encantos del paisaje pero aún más a la gracia de C... Me encapriché de ella. No la admiraba como a Zaza y era demasiado etérea para inspirarme como Marguerite, oscuros deseos. Pero la encontraba romántica: me mostraba una atrayente imagen de la joven que yo sería mañana"<sup>24</sup>.

Inaugurando lo que actualmente podríamos denominar "talante" para que sus relaciones con mujeres pudieran aparecer sin tapujos ni falsificaciones, como lo que eran. Con toda la complejidad que el tema supone, las relaciones lésbicas podrían plantear algunos interrogantes también sobre las derivaciones de la compleja relación con su madre. Sin perder de vista el contexto en el que luego se fueron desarrollando situaciones triangulares donde algunas mujeres fueron compartidas.

---

<sup>22</sup> BEAUVOIR, 1989: 40.

<sup>23</sup> BEAUVOIR, 1989.

<sup>24</sup> BEAUVOIR, 1989: 234- 235.



### 3. REFLEXIONES SOBRE LA ENFERMEDAD, LA VEJEZ, LA MUERTE

Su lúcida mirada se posa también sobre las facetas que solemos apartar como materia de elaboración. Nos confronta con el dolor, la decrepitud, los sentimientos menos nobles como el asco, la vergüenza, el rencor. Y aún participando de la polémica que sus revelaciones suscitan, es difícil no dejarse conmover por la franqueza y la ausencia de dramatismo con que encara estos temas. Nos muestran el profundo conocimiento de los temores y fantasías de un Sastre ya gravemente enfermo: "no era la muerte lo que le inquietaba: era su cerebro". Y "...Quise llevarme el libro, y S. comenta... Antes, cuando era más inteligente no leíamos, charlábamos"<sup>25</sup>. "Ineluctable, la muerte ya estaba presente; Sartre le pertenecía. Mi angustia difusa dejó su puesto a una radical desesperanza" (BEAOUVOIR, 1989: 137).

### 4. LA MILITANCIA POLÍTICA Y SU COMPROMISO SOCIAL.

Como bien sabemos las polémicas siempre abiertas acerca de la maternidad, sobre su abdicación frente a Sartre, incluyen extensos cuestionamientos y apasionadas defensas en torno a la adscripción ideológica y militancia a favor de diferentes causas. No es este el espacio para hacer revisionismo político y seguramente tampoco coincidiríamos entre nosotras respecto de filias y fobias que podrían despertarnos sus opciones. Pero la imagen de mujer de su época, interesada por la realidad no sólo la que la circundaba en su privilegiado entorno de "Gauche Divine" sino en otros países y circunstancias, movilizó nuestros deseos para permitirnos participar en la noble tarea de pretender cambiar el mundo.

### 5. LA MATERNIDAD.

El grado de sofisticación individual le permite precozmente establecer una consigna: su cuerpo es suyo. De allí que comente: "Me enteré con estupor leyendo una noticia de sucesos que el aborto era un delito; lo que ocurría en mi cuerpo solo me incumbía a mí; ningún argumento me hizo ceder" (BEAOUVOIR, 1989: 301). Como bien sabemos todos los adjetivos han sido utilizados para ensalzar o defenestrar la consideración sobre la Maternidad desarrollada en *El segundo sexo*, para muestra baste este "botoncito":

"Algunas mujeres viven su feminidad como una maldición absoluta: desean o reciben a una hija con el placer amargo de reflejarse en otra víctima; al mismo tiempo, se sienten culpables de haberla traído al mundo: sus remordimientos, la lástima que sienten a través de su hija por ellas mismas se traduce en ansiedades infinitas".

---

<sup>25</sup> BEAOUVOIR, 1981: 96.

¿Quién podría negarlo? Y que cruelmente parece expuesto. Supuso todo un hito en lo que actualmente podemos plantear en torno a si es posible identificar un deseo maternal discriminándolo del mandato de género: "serás madre y cuidarás". Beauvoir no sucumbe al ideal maternal tradicionalmente constitutivo de la subjetividad femenina. Podemos pensar que en términos de M. Burín (1987) se sustrae a la "lógica de la producción de sujetos regida por las leyes del intercambio afectivo estrecho, por la relación bipersonal íntima, exclusiva". Trabajo desvalorizado respecto del que produce objetos. No se reconoce como instrumento reproductor.

¿Podríamos aseverar que Sartre no reproducía en ciertos aspectos la condición de hijo pródigo, al que siempre cuidará y protegerá como a un niño caprichoso? Como ¿correlato? de esta elaboración aparece el desarrollo sobre cómo "el sexo que engendra, muere sin dejar genealogía", que denuncia la invisibilización de las mujeres. ... Paradójicamente, a pesar de todo lo planteado, escribirá en 1981 en *Las bellas imágenes*. "tiene la impresión de que las personas están yuxtapuestas a ella pero que no la habitan; salvo sus hijas, pero eso ha de ser algo orgánico" (BEAOUVOIR, 1981:69). Por todo esto, ella como sujeto ofreció un modelo de identificación diferente, controvertida. En el que vemos desplegadas muchas de nuestras dudas, temores, contradicciones y ambivalencias. Podemos decir entonces que "todas somos hijas de Simone de Beauvoir" porque la elegimos como referente frente al discurso ancestral que favorecía que todo quedara como estaba.

## 6. NO NACÍ FEMINISTA LLEGUÉ A SERLO.

Entonces, parafraseando a Marcela María Alejandra Nari<sup>26</sup>, pienso que "no nací feminista, llegué a serlo" y al releer *El segundo sexo* resignifiqué mi historia tratando de revisar los agujeros negros que el carecer de una teoría sobre el género habían quedado por el camino. En ese sentido pertenezco a la generación que descubrió la opresión de las mujeres como colectivo, con los textos del feminismo de los '70. Que retrospectivamente acomete la tarea de interrogarse sobre sus negaciones, ¿cómo no me daba cuenta de que...? a pesar de que podía recitar a Foucault (1976) sosteniendo como el poder definía los discursos estableciendo un régimen de verdad y produciendo saber. Compartiendo el enunciado de Simone: "En los medios intelectuales que frecuentaba, jamás encontré discriminación respecto a mi sexo. Pero me di cuenta al mirar a mi alrededor que el problema femenino estaba lejos de ser resuelto".

A título personal, mi situación, como la de un inmenso conjunto que estudiábamos en la universidad, militábamos en agrupaciones políticas de izquierda y disfrutamos de una cierta facilidad por nuestras circunstancias, por la actitud de nuestros padres, la proliferación de los así llamados hoteles-alojamiento en Argentina, el acce-

---

<sup>26</sup>NARI, (2002): *No se nace feminista, se llega a serlo. Lecturas y recuerdos de Simone de Beauvoir en Argentina 1950 y 1990*, "Revista Mora".

so a los anticonceptivos, etc. para acceder a una sexualidad ni tan reprimida ni tan condenada socialmente como en las generaciones previas, el ser mujer no parecía ser un problema en sí mismo. Si algo nos faltaba podía enmarcarse en aquello que la revolución social nos proveería, como a nuestros compañeros, llegado su momento. La desigualdad de los sexos no nos afectaba, o eso creíamos, estaba acotada en los márgenes de la clase obrera y eran esas mujeres, otras de las otras, las que lo padecían<sup>27</sup>

Nuestras parejas parecían no ser machistas: nos “ayudaban” ocasionalmente con las tareas domésticas, aprendieron a cambiar pañales cuando no podíamos hacerlo nosotras, “nos dejaban” tener amigos, salir sin ellos y un largo etc. Fueron necesarias en muchos casos, nuestras propias crisis personales para interrogarnos acerca de lo que Simone plantearía como dimisión de la libertad, en nuestra responsabilidad en la no reivindicación de un estatuto igualitario en todos los órdenes de la vida. Fue un colapso doloroso con infinitas consecuencias que seguimos gestionando.

Confirmaba así el cambio de paradigma (KUHN, 1971) en que la reflexión, y las experiencias personales, posibilitan hacer visibles esos “puntos ciegos” que pusieron patas arriba toda la explicación que nos dábamos sobre la realidad. También la pareja se vio afectada en la línea de flotación. ¿Por qué no arriesgarnos a ser como nuestros admirados J. P. Sartre y Simone de Beauvoir? A pesar de lo tentador del modelo, nuestra “educación sentimental” adolecía de graves carencias y muchos de los intentos de emularlos acabaron con dolorosas rupturas amorosas y memorables escenas de celos. No todo el mundo podía reaccionar como Simone y Sartre frente a la irrupción de terceras, cuartos, quintas, etc. Pero sobrevivimos a la debacle y el feminismo apareció como un espacio adecuado para lidiar con inquietudes y decepciones. Se activaron los cuestionamientos a los binarismos excluyentes ¿Se puede seguir pensando en términos de determinismo o libertad? ¿Naturaleza o cultura? ¿Herencia y medio?

Solamente la transacción entre una estructura de personalidad adaptándose al medio pero en conflicto continuo entre las necesidades, y deseos múltiples, contradictorios incluso ocasionalmente excluyentes entre sí y un contexto que establece unas condiciones naturalizadas, a las que llamamos “realidad”. El compromiso entre mi realidad psíquica/mundo interno y una dimensión que simultáneamente me es ajena y a la cual pertenezco. Sólo entendiendo este delicado equilibrio entre quién soy/somos y el universo que me rodea puedo explicarme los diversos modos en que el género se reproduce individualmente. ¿Y a dónde me lleva esta comprensión? A tratar de establecer conexiones, a cuestionar dogmas, a esforzarme por no perder de vista que aunque hemos accedido a nuevas modalidades que no pueden encuadrarse en un formato homogéneo. A nuevos roles, y situaciones, en el sentido sartreano, y podemos interrogarnos acerca de lo que actualmente podríamos enmarcar como problemáticas de la feminidad, malestar de las mujeres, etc.

---

<sup>27</sup> LECIÑANA BLANCHARD, Mayra (1998): *Simone de Beauvoir: Aproximaciones a la (auto)construcción del sujeto mujer*, “Revista Mora”, 8.

A trabajar sobre lo que me ocupa y preocupa: nuestras emociones, a veces difíciles de decodificar porque carecemos del instrumento imprescindible: el reconocimiento de que ciertas respuestas neurovegetativas como la taquicardia, la intensa y súbita necesidad de evacuar esfínteres, cierto malestar indefinido, la copiosa sudoración y tantos síntomas diversos pueden ser la expresión del miedo, de la ansiedad frente a una situación que nos hace sentir inseguras, agarradas como Simone, confundidas frente a la incapacidad de dilucidar nuestros propios sentimientos. Estados corporales que necesitan ser traducidos para poder ser comprendidos, explicados por nuestra mente. La compleja combinatoria entre lo psíquico y lo biológico. Tener conciencia de los propios sentimientos, de nuestra permeabilidad afectiva.

Decíamos antes que cuando Simone escribe *Memorias de una joven formal* su mundo interno es minuciosamente explorado y así cobra “existencia”. Nos transmite de este modo una sugerencia especialmente significativa: Puedo pensar sobre mí misma, sobre mis pensamientos y emociones si escribo sobre ellos. Al leerme encuentro a quien también soy. Me puedo sentir sujeto de mi propia historia. Eligiendo reconocerse como mujer, en tanto “verdad sobre la cual se yergue toda otra afirmación” y a través de esa exploración ofrece ya un modelo de relación con la propia mismidad: la escritura:

“Sin embargo, no me descorazoné; el porvenir me parecía de pronto más difícil de lo que había calculado, pero era también más real y más seguro; en vez de informes posibilidades, veía abrirse ante mí un campo claramente definido, con sus problemas, sus tareas, sus materiales, sus instrumentos, sus resistencias. Ya no me preguntaba: ¿qué hacer? Todo estaba por hacer; todo lo que antes había deseado hacer: combatir el error, encontrar la verdad, decirla, iluminar al mundo, quizá también ayudar a cambiarlo. Necesitaría tiempo, esfuerzos para cumplir aunque sólo fuera una parte de las promesas que me había hecho: pero esto no me asustaba. Nada estaba ganado: todo seguía siendo posible”.

¿Hay mejor sugerencia para llegar a ser feminista?

## BIBLIOGRAFÍA

- AMORÓS, C. (2007): *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización. De la ilustración al segundo sexo*, Madrid, Minerva Ediciones.
- BEAUVOIR, S. (1982): *El segundo sexo. Los hechos y los mitos*, Argentina, Ediciones Siglo Veinte.
- (1981): *La ceremonia del adiós*, Barcelona. Testimonio Edhasa.
  - (2007): *La mujer rota*. Barcelona, Edhasa.
  - (2004): *Memorias de una joven formal*, Barcelona, Edhasa.
  - (1987): *Una muerte muy dulce*, Barcelona, Edhasa.

- BUTLER, J. (1998): *Sexo y género en 'El segundo sexo' de Simone de Beauvoir*, "Mora", 4,10- 43.
- DERRIDAS, J.- ROUDINESCO, E. *Y mañana qué...*
- FEMENÍAS, M<sup>a</sup> L. (1997): *Butler critica a Beauvoir: algunas observaciones*, "Actas IX Congreso Nacional de Filosofía. Asociación Filosófica Argentina", La Plata.
- FEMENÍAS, M<sup>a</sup> L. (2000): *Sobre sujeto y género. Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*, Buenos Aires, Catálogos.
- FERRERO, A. *Narrar el feminismo: teoría feminista y transposición literaria en Simone de Beauvoir*. "Feminismos de París a la Plata".
- HERITER, F. (2007): *Masculino/ Femenino II. Disolver la jerarquía*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica Argentina.
- LÓPEZ PARDINA, T. (1999): *Simone de Beauvoir (1908-1986)*, Madrid, Ediciones del Orto.
- (1998): *Simone de Beauvoir. Una filósofa del Siglo XX*, Cádiz. Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- NARI, Marcela María Alejandra (2002): *No se nace feminista, se llega a serlo. Lecturas y recuerdos de Simone de Beauvoir*. "Mora", 8, 59-79.
- SERRANO, C. (2008): *Estudio sobre la identidad de las mujeres atrapadas en relaciones abusivas*, Universidad de Deusto.
- ZERILLI, L. M. G. (1996): *Un proceso sin sujeto: Simone de Beauvoir y Julia Kristeva, sobre la maternidad*, "Figuras de la madre", S. Tubert ed., Madrid, Ediciones Cátedra